

# LA MÚSICA EN LAS VENAS

Rolando Torrijos Schwencke todavía no cumplía diez años cuando tuvo su primer violín. Comenzó a practicar y no se detuvo jamás. De hecho, lugar al que viajaba, siempre llevaba consigo su instrumento. Hoy, cuando ya tiene 78 años, reconoce que no sólo su esposa y sus hijos son su máxima compañía; la música también ha sido otra protagonista de este largo recorrido.

POR **DANIELA HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ**  
FOTOS **SOLANGE REYES**

**E**n la sureña ciudad de Osorno, un niño de seis años escucha atentamente la radio SAGO, de la Sociedad Agrícola y Ganadera de Osorno. Concentrado absorbe las melodías, las imita y con sus manos juega a tocar las cuerdas. Se trata de Rolando Torrijos, que fascinado con las sinfonías, un día decidió pedirle a su padre que quería estudiar violín. “Consigue un profesor y alguien que te preste el violín, y las clases las pago yo”, cuenta que fue la respuesta. “Así que caminé media cuadra, fui a la parroquia, y me encontré con el sacerdote Guillermo Schneider, que era profesor de trabajos manuales. Él me dijo que me haría las clases, y que el padre Alberto, ‘que anda por ahí’, me podría prestar un violín’. Y así fue.

Comenzó a estudiar y seis meses después su padre le regaló el violín que tanto anhelaba. Luego vendrían más profesores, la mayoría extranjeros. Y aunque dicen que la práctica hace al maestro, Rolando confiesa que nunca fue un virtuoso. “Más que nada era el gusto por la música el que me llevaba a practicar. Amo la música y de a poco fui progresando”, relata.

## VOCACIÓN Y PROFESIÓN

Paralelamente, Rolando Torrijos continuaba sus estudios en el Liceo de Hombres de Osorno, donde adquirió una formación humanista que, asegura, le ha servido mucho. “Después de la educación secundaria me vine a Santiago a la Universidad Católica, donde esperaba estudiar química”. Sin embargo, cuando fue a hablar con el director de la carrera del entonces Politécnico

de la Católica, se cruzó por su camino el director de Construcción Civil: “Mira, tú vienes de provincia, ¿por qué te vas a meter en química cuando eso no está muy desarrollado? Te ofrecemos una carrera que está empezando y tiene un futuro auspicioso; Construcción Civil”, relata que le dijo el académico. Y Rolando aceptó.

“Terminé la universidad y no me gustaba. Encontraba que no estaba en lo mío. Además yo siempre fui más humanista que otra cosa, pero me dije ‘bueno ya; tengo que seguir’. Pero cuando empecé a trabajar comenzó a gustarme. Después, al tener que relacionarme con gente, era medio tímido, pero luego me solté y al tiempo me enamoré de mi profesión”, recuerda.

Pero entre los estudios y los primeros años de trabajo siempre quedaba espacio para practicar con el violín. “Soy una persona que se aclimata muy bien adonde voy. No me angustio por estar fuera y me adapto a las nuevas condiciones. Pero cada vez que viajaba, como cuando me fui a trabajar a Castro, llevaba dos cosas: mi plumón de plumas de ganso y mi violín, eso era lo elemental para mí. Con el violín nunca me sentí solo”, afirma. En su profesión participó como profesional supervisor en Codelco (El Teniente – 18 años) y en los 90 en la construcción de la Embajada de Estados Unidos, contratado por el Departamento de Estado.

En ese período, Rolando aprovechó su tiempo libre para ir a conciertos que lo acercaron a un nuevo profesor. “En una ocasión me encontré con un cuarteto de cuerdas. Hablé con el primer violín del grupo, que era de la sinfónica, y le pregunté si me podía dar clases”, recuerda. El maestro a quien le pidió ayuda era nada menos que Enrique Iñiesta, un famoso violinista espa-

ñol que se estableció en Chile. “De él aprendí algo muy interesante; que no bastaba con la técnica, había que manejar a la perfección el arco. Ese manejo es fundamental, si no se sabe ejecutar es muy difícil sacar sonidos armoniosos del violín”.

Además de Iñiesta, Torrijos tuvo varios profesores destacados y la oportunidad de viajar al extranjero en reiteradas ocasiones, asistiendo a las mejores sinfonías del mundo en países como Holanda, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

## PASIÓN POR LAS ARTES

La fascinación por la música, y especialmente por el violín, es algo que Rolando comparte con un pariente particularmente cercano; su hermano gemelo, Orlando. “Éramos cinco hermanos -hoy sólo quedamos nosotros y María, una hermana mayor- y con Orlando tenemos este gusto en común. Él es un hombre muy talentoso, toca la viola y el violín, y además es asesor en las Semanas Musicales de Frutillar. Yo lo admiro y lo quiero mucho por su dedicación. Es un profesional que ha recibido muy buenas críticas y sabe mucho, pues es programador de una radio en Osorno y crítico musical”, cuenta Rolando, quien también es amante de la poesía y de grandes clásicos como Amado Nervo, Gabriela Mistral, José de Espronceda o Pablo Neruda. Pero se apresura en aclarar que a Neruda lo lee, pero no lo escucha. “No me gusta como suena”, dice. “No me gusta oír la poesía. Me gusta leerla porque yo le pongo la música que quiero”.

Con su violín se ha presentado en varias ocasiones. Recientemente en un pequeño concierto para celebrar a la tercera edad. “Participamos con un colega en el área de variedades y ganamos el

tercer premio”, cuenta orgulloso. “Antes de eso me había presentado para mi hermana en Osorno y durante algún tiempo formé parte de una orquesta de cámara en Santiago que se presentaba en el Estadio Israelita y dirigía Stefan Terc”, explica Rolando, tomándose el tiempo necesario para describir sus sensaciones en el escenario. “No es fácil explicarlo, pero lo que sí pasaba es que me olvidaba del público y sólo quería tocar bien. Sentía que quería hacerlo lo mejor posible. Cuando uno tiene una vena artística le preocupa ser bueno y alcanzaba un estado en el que me sentía tan a gusto que muchas veces me pasó que mientras tocaba me emocionaba. Hay pasajes de ciertas obras que son particularmente bonitos y los siento mucho”.

Aparte de la música, la poesía y el deporte (practicaba esquí, volleyball, atletismo, jockey y ahora ajedrez), Rolando es un coleccionista casi compulsivo de: instrumentos de cuerda en mi-



niatura (como los que se ven en la fotografía), equipos de construcción, también en miniaturas; autos y filatelia.

También destina parte de su tiempo a la Sociedad Chilena de Salud Mental, institución en la cual es el único profesional no médico. Por lo mismo, se interioriza al máximo, asistiendo a charlas y leyendo mucho sobre el tema. Y aunque pareciera no quedara tiempo libre en

su agenda, aclara que siempre hay espacio suficiente para dedicarse a sus dos hijos y a su esposa. “Mi familia, compuesta por mi señora Marion Wollstein y mis hijos Andrés y Marcel, son muy importantes. Es fundamental realizar tantas actividades para tomarle el gusto a la vida. No por las cosas en sí mismas, sino por lo que representan... Y la música, por ejemplo, eleva el alma”, finaliza. **EC**